

Poesía escrita por mujeres

Pasión inédita. Pureza Canelo. Madrid, Poesía Hiperión, 1990

Veinte años después de *Lugar común*, libro con el que obtuvo el premio Adonais en 1970, Pureza Canelo publica *Pasión inédita*, como celebración de aquél y como íntimo homenaje a esos veinte años de dedicación a la poesía («para mí siempre inédita»). Es un libro de amor, en el que la búsqueda de la expresión adecuada no siempre resulta fácil: «y este poema / que no acierta a explicarse mejor». Testigo, partícipe, colaborador de este amor-pasión es Dios (¿deseado, deseante?), «pero Dios se enamora cuando ve este amor / caído de su cielo con atrevimiento». Dios de la palabra o de la Poesía: «Un Dios que ahora me sigue, roba y habla / como jamás lo hizo», cuyo entusiasmo «desciende a poema». Un Dios que se hace amor porque se encarna en el amante «Dios mío / que estás en su pelo / recién peinado», y deja su cielo para empaparse de humana pasión. Entonces, Dios-palabra, Dios-cuerpo, Dios-amor: en ese contexto se desenvuelve la pasión, y ésta parece adoptar la forma difusa de un desarrollo: encuentro-fusión-pelea-distancia-reencuentro-plenitud-alejamiento-soledad, cuya unidad está hilvanada por el símbolo fecundo del agua. El encuentro se produce «(...) bajo las nubes / torrenciales de noviembre puro», en un salón adonde llega ella «chorreando el pelo y la cartera», y no hay roce, sino vasos por los que «corría la tarde». Para el goce no hay «pecado a oscuras» sino el «océano nocturno y la luna» que Dios envía, y el amor es «corriente de agua dulce», corriente subterránea que «sin escapar-se / (...) va del tibio heno a un pozo / y de ahí empedrada

a los huertos / sin dividirse». La pelea marca una doble oposición entre mujer(árbol) y hombre(asfalto), desamor sin agua, incompreensión insuperable que se refleja en unos bellos versos: «Ahí puedes quedarte para siempre / tu cultura de asfalto / que hace a los dioses blandos / no va a saber treparme / ni aunque jugaras / viniendo para mirar desde el tronco / lo que en la copa de una mujer habita». La distancia es «no morir de sed / sino de bebiéndola vivirte» y el reencuentro amoroso, que es también un reencuentro con la escritura, «aquel torbellino antiguo donde / vivía como el pez en el agua / siendo inventora de cañas / de arpones y de un barco / cargado de gramática (...)», exigirá siempre un cómplice: el «lector hermano necesario».

Plenitud es el título de una sección que envuelve once poemas, sólo cuatro de ellos numerados y, éstos, breves y sin título. Aquí el amor es «Este temblor reconocible / (...) / en altamar madrugador» y la autora se pregunta: «Este amor ¿canta o atestigua?», aludiendo a la ambigüedad de la escritura que juega con la realidad y con el deseo del sentimiento: «Espiendo tú mi pensamiento / aventuras: / canto y testimonio / no pueden separar / ave sobre velero / en el dominio mar (...)». Pero vence el deseo sobre el verdadero amor y las aves lo simbolizan: «Cruzándose el cielo / aves con ansia suben / hasta hacer de la dicha / un punto de cruz / que se borda en la tarde».

La siguiente y última sección se compone de seis poemas, numerados los dos primeros, y lleva por título *Zarpamos al amanecer*. Domina en ella un tono de nostalgia, la historia de una pasión ya sometida a la memoria: «¿Recuerdas aquellos días de mar / que olita a olaza / unía los cuerpos (...) Recuerdas lo que traía el mar / invitado a nuestro asombro (...)»? Y la soledad, huella dolorosa de la ausencia: «toda la soledad / dorándome / lo que tú has amado». El amor se resuelve así como vivencia particular, mejor: sobrevivencia, vida vivida de la que queda un libro —poesía y oración— testigo de ese «juego a dos porque / se siente la muerte».

Del amor o del agua. Laura Campmany. Madrid, Bitácora, 1993

Un libro de sonetos no es hoy algo corriente y, mucho menos, si se trata de una *ópera prima*. Más sorprenden-

te aún es la frescura y novedad de unos versos nada cohibidos por ajustarse al molde que Lope y Quevedo dominaron a su antojo. Había que atreverse y conseguirlo. Laura Campmany ha ganado el premio de poesía Feria del Libro de Madrid, de 1993, con un libro de estas características: *Del amor o del agua*, en el que demuestra tener madera de poeta, y muy buena madera. Para empezar, no es un primer libro «primerizo» sino maduro, rico en hallazgos, de calidad sostenida desde el primero hasta el último de los treinta y seis sonetos que lo componen. Es un libro que contagia energía y humor al leerlo porque refleja con fuerza el mundo original de su autora sin tomarse, no obstante, demasiado en serio. Esto no quiere decir que no sea un libro serio: lo son las vivencias, las reflexiones y convicciones que lo alimentan. Sin embargo, un carácter lúdico planea desde la disyuntiva del título por todo el libro. *Del amor o del agua* es, efectivamente, una historia de amor que se diluye, que hace aguas sin que el barco se hunda porque hay razones suficientes para seguir flotando, entre ellas la verdad y la libertad: «El amor no conoce otra virtud / que la que le confiere la verdad, / y yo, que fui sincera, cuando vi / que gozabas burlándote de mí, / dejé mi corazón en libertad, / y a quién le importa lo que hicieras tú» («Reciprocidad»). El primer soneto del libro, de donde arranca la historia, es, al mismo tiempo, una justificación de la forma y un reto: «En un soneto cabe cualquier cosa: / la tarde del revés, la golondrina / que asoló con sus alas mi oficina, / y el humo convertido en mariposa. / (...) / ¿Y dices que no cabe el amor nuestro? / si me das un papel te lo demuestro» («Soneto»). En los nueve siguientes hay apasionamiento y entrega pero también hay desazón, insatisfacción, tristeza: «Le hallé del ancho mar en la ribera / y, como a mi saludo enmudecía, / le pregunté si ya no me quería, / y en vano le pedí que me mintiera» («Suicidio»). En el soneto 11, titulado «Rutina», empiezan a percibirse ya las causas del fracaso amoroso: «A menos que me pida que le mienta, / hoy tendré que decirle lo que pasa. / ¡Cómo atreverme si su aliento abraza / y presagio en el aire la tormenta!». Pero, incluso al desamor le está reservada una pizca de ironía: «Duele ver cómo al paso que digieres / cuanto más gordo estás menos me quieres» («Gula»). En el resto de los sonetos la temática es variada. Son originales sus críticas a la modernidad y al feminismo mal entendidos: «Para mí

que este pobre siglo veinte, / de tanto como juega al escondite, / terminará perdiendo la cabeza» («Modernidad»); «Estúpida mujer, ¿de qué te quejas? / Ya has logrado por fin lo que buscabas» («Feminismo»). A veces hace una defensa de la libertad («Bandera»), de la paz («Paz») o reflexiona sobre la condición humana («Iluso»). Varios sonetos se refieren al ámbito de los afectos domésticos y familiares: el dedicado a su gata Holanda («Miau»), el que menciona la nostalgia de los hermanos («Nostalgia»), los alusivos a su infancia («Almira», «Campoamor»). En otros, la autora reflexiona sobre la vida y la muerte: «Vivir es lamentar haber nacido / cuando el dolor arrecia, y contra el viento, / se es un alma borrosa en movimiento, / apenas una sombra de lo sido» («Vivir»); «Hay quien la ve cercana y desespera, / y hay quien la solicita por despecho. / Yo no le pongo coto a su derecho: / si ha de venir que venga cuando quiera» («Muerte»); «Ayer abrí de golpe las ventanas / y estuve a punto de llorar de tanto / como en mi honor doblaban las campanas» («Presentimiento»). El carácter lúdico, que comentábamos, se aprecia claramente en dos sonetos de contenido lingüístico: «Políglotas», donde ensaya con éxito la fusión de tres idiomas, y «Cheli», escrito enteramente en esta jerga. Por último, en «Mate» el amor es como una partida de ajedrez: «Al jaque mate llego tan desnuda, / que puede que la próxima partida / tengamos que jugarnosla en la cama». Insisto en que este primer libro de Laura Campmany demuestra un talento raro en el panorama poético actual por su originalidad, su frescura y su madurez. Una verdadera delicia.

Los aparecidos. María Sanz. Excma. Diputación de Guadalajara, 1991

Galardonado con el Premio Provincia de Guadalajara «José Antonio Ochaíta» en 1990, este libro de poemas no es el último publicado por María Sanz. En estas mismas páginas se comentaba hace unos meses *Desde Noviembre*, de 1992 (véase n.º 520). Si menciono este dato es porque basta revisar su trayectoria poética para darse cuenta de la seriedad y la constancia con que la autora aborda la tarea de escribir. El resultado se resume en tres sustantivos definitorios: destreza, esencialidad y contención. El libro que nos ocupa está lleno de silen-

cios, sombras, oquedades, huellas, señales de vida ausente que aparecen y se iluminan en la memoria, donde la realidad y el recuerdo se confunden. Los poemas se llenan entonces de personajes y lugares históricos: los pobladores de la ciudad de Numancia, los habitantes de una casa pinariega, el misterioso pueblo de Calatañazor, los ecos medievales de la ciudad de Cuenca, don Pedro de Mendoza, doña Jimena, incluso la frágil Leonor, esposa de otro poeta sevillano que, como María Sanz, amó las tierras de Castilla y su pasado noble. En el poema «Ordesa» se aprecia hasta qué punto el paisaje provoca una necesidad de fusión que tiene carácter místico. Tras la identificación con los elementos naturales: ave, nieve, manantial, río, los últimos versos son una invocación: «Señor, te lo suplico: / hazme mujer aquí, para que pueda / amar en alma y verso este paisaje». Nos llama la atención la prerrogativa de ser mujer para que la unidad alma-verso-paisaje se produzca. No obstante, si esa fusión tiene aquí connotaciones positivas, en «El mito de unas olas» la fusión mujer-naturaleza no llega a producirse por la falta de voluntad o decisión de algunas mujeres sometidas a los caprichos masculinos y contra las cuales arremete la autora en una crítica de significado feminista: «Hay mujeres ancladas en maridos / bravíos, y se juegan el velamen / durante las tormentas cotidianas, / dejando medio barco en el empeño.» (...) «Hay mujeres ancladas, que no quieren / navegar por océanos remotos». Del mismo modo, otros poemas tienen rasgos feministas, por ejemplo «Hombres al natural»: «Son seres grises, / inequívocamente masculinos, que lo mismo me envían / algún ramo de rosas / con cuatro plenilunios de retraso, / que intentan sorprenderme / al llegar en su lata / (léase coche) último modelo / donde se sienten mágicos». Pero el tiempo, que, como decíamos, marca un juego de presencias y ausencias, de sensaciones y seres revividos, es el tema principal de este poemario. Tiempo cuya cronología y otras señas de identidad se anulan en la memoria porque en ella se da la experiencia de la eternidad: «Es inútil, después de aquella noche, / recordar quiénes fuimos, dónde amamos / antes de ser nosotros, qué universo / puso nombre a la luz de nuestras vidas. / Y es que la eternidad llegó de pronto, / antes que el mar, antes que amaneciera» («Playa del Sur»).

Mitomanías amorosas. Elina Wechsler. Madrid, Verbum, 1991

La palabra, una vez más, se asocia con la nostalgia para rescatar del olvido todo aquello que va a morir, o que está muerto, porque el olvido tiene el silencio de la muerte. «No hay que olvidar» grita una voz femenina en la poesía de Elina Wechsler, hay que rastrear olores y sensaciones, evocar lugares y personas. «Olvido, olvido» lleva por título la primera parte y, en el poema «San Sebastián», la figura de la abuela surge desde la infancia envuelta en recuerdos de manzanilla, cuentos de hadas y princesas. Surge con su propia historia, la del amor perdido, que le contaba ella —«Tal vez por ese y otros mitos intenté ser poeta»—. Pero la historia de la abuela, al ser actualizada mediante el recuerdo, se confunde con la historia del amor presente, recientemente inventado: «No suspiras por un amor de antaño / suspiras por mí por la que inventas». Hamlet, Borges y Pessoa son otras voces del pasado que resurgen invadiendo palabras nuevas que son como «pájaros que hablan», pájaros migratorios que viajan desde lo vivido a lo viviente y a la inversa porque «El acecho del mal recuerdo / sólo reclama entierro».

En la segunda parte, titulada *Mitomanías*, esos pájaros que hablaban con voces del pasado son gaviotas que «aúllan al cielo como buitres» recordándonos que Penélope ha muerto, o son portadoras de otros mitos y leyendas: «Dicen que en Oriente las gaviotas / son almas de marineros condenados». El olvido, como un destierro, está poblado de personajes y lugares míticos: Idit, Penélope, Jonás, Eva, Adán, Edipo, Yocasta; Babel, Akaba, El mar Muerto, El mar Rojo... que a veces resucitan evocados en las palabras de Borges, en *El Grito* de Munch o en *La Memoria Roja* de Magritte, frente al cual pasan las gaviotas «sin inmutarse las alas». La cultura, por lo tanto, en un continuo recuperarse ejerce su propia salvación.

En *O nadie o siempre ellos*, la tercera parte de este poemario, la vivencia del amor presente ensombrece cualquier otro recuerdo, incluso el del amor mismo: «si alguna vez amé así / créeme, lo había olvidado». Y porque el amor es vida y a él se asocian la alegría y la esperanza es posible superar la identificación olvido/muerte —«todo es amor si se resiste al tiempo»—. Pero si el amor es capaz de modificar la percepción del tiempo desde la